

Julia Toro Godoy

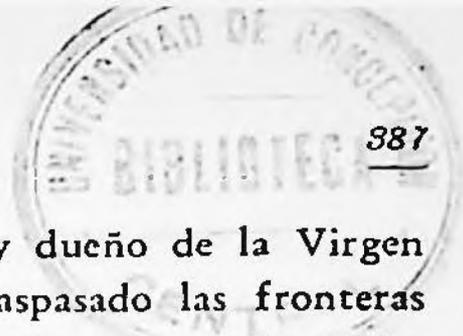
El Norte Verde



DECIR Norte Verde, es decir: Tierras quemadas por el sol ardiente del Norte, amparadas por la policromía verde y frutal del Sur, márgenes donde la cordillera y el mar viven en vecindad, donde la vida del campo y la alucinante posibilidad de la minería son gemelas. Porque eso ha sido y es el Norte Verde: Vida en estabilidad quieta del hombre que trabaja la tierra, avasalladora tentación del que la cava para encontrar el secreto de su entraña trasmutado en metales; cualidad de actividades, confluencia de dos destinos del país, que allí se juntan y se dispersan, son las que hacen que sus hijos tengan una fisonomía característica. Por eso este pedazo de Chile tiene dentro de su destino una historia propia.

En la lejana aurora de su nacimiento, llegaron a este crisol del trabajo y la esperanza, para volcar en ella sus sueños y realidades aunados con los de la sangre hispánica, hombres de las más lejanas latitudes. Inglaterra, Francia, Irlanda... Llegaron allí llevados por un azar del destino; pero conocieron, probaron su regazo, y entonces plantaron allí su tienda, decididos a pertenecerles ya para siempre en fatigas y alegrías.

Allí vivieron, un José Tomás Urmeneta, descubridor del mineral de Tamaya cuyo esplendor encendió como una hoguera la pro-



vincia, allí nació el indio Collo, descubridor y dueño de la Virgen de Andacollo, la milagrosa, cuya fama ha traspasado las fronteras del territorio nacional, por allí pasaron —dejando una estela de leyenda y aventura— los más bravos que piratas como Drake, Sharp y Davis, eran emperadores del mar y la cuchilla; desde allí salieron —para las letras nacionales— una Gabriela Mistral, gloria máxima de la poesía y primer sudamericano que recibiera el premio Nobel, un Julio Vicuña Cifuentes, poeta y folclorista de proyecciones, un Carlos Mondaca, un Víctor Domingo Silva, poeta y figura señera que ha pascado muy en alto el nombre de Chile, María Isabel Peralta, poetisa, y tantos otros... Porque este pedazo de Chile, no conforme con entregarnos sus ocultos tesoros, la redondez balsámica de sus frutos, ha derramado por el país, como la noche que dispersa estrellas, lo mejor que tiene en el espíritu de sus hijos dilectos.

Tierra de la que Gabriela Mistral ha dicho: "Lengua que ha probado el jugo de su durazno y boca que ha mordido su higo morado, no será sorprendida por mayor dulzura".

El Norte Verde, tierra de poetas y mineros, es decir, buceadores del alma y de la tierra, es venero inagotable, filón aún no explotado para las letras nacionales, que vive en espera de la mano que escarbe los estratos de su sentir vital. Tierra llena de contrasentidos y de maravillosas realidades, nos entrega toda la gama de los tipos chilenos. Y si en sus ciudades dinámicas podemos observar al oficinista doblegado por el problema eterno de la puntualidad y el diario afán del trabajo intelectual, o el industrial laborador y exacto, en sus puertos, millonarios de posibilidades, con ruta abierta a la vastedad del mundo, tenemos al costino, pintoresco y temerario que vive bañando su pupila en la gracia perenne de las olas, tentado por la eterna invitación al viaje; pero siempre pegado a la costa, trabajando en el mar y viviendo para el mar.

EL COSTINO

El costino fabrica su casa a orillas del mar y vive con su familia toda, arrullado día y noche por el ronco retumbar del oleaje, mientras el viento de litoral azota su epidermis, penetrándole los poros, rodeándole, traspasándole su gusto salobre y amargo.

El pescador, hermano de la incertidumbre y ahijado de la muerte, se interna cada día mar afuera y trabaja merced al azar en una frágil barca que puede ser un juguete tirado sobre la inestabilidad de las aguas.

A veces un viento enorme se desata en alta mar, arrecia la tormenta con sus nubes trágicas, con su oscuridad en pleno día, con el agitarse hirviente de sus aguas... entonces el pescador lucha de igual a igual con los elementos embravecidos, lucha por salvar su cargamento del cual depende el sustento de su familia; lucha por salvar su barca, por salvar su vida, y, en medio de la tormenta, ante la majestad de lo desconocido, sólo atina a hacer la señal de la cruz, o lleva la mano al pecho donde, en un nido de viriles vellos, se esconde una medallita pequeña con la estampa de la Virgen de Andacollo o un San Pedro vetusto y sereno.

En la orilla le espera la mujer sufrida y esperanzada, esa que ayuda a remendar las redes, cuida de la casa y canta dulces canciones al niño dormido. Ella, mientras hunde la mirada en la lejanía, deja correr las lágrimas con el alma columpiándose peligrosamente entre la esperanza y la angustia. Y no importa con qué calma de siglos, perezosas, deslicense las horas, ella seguirá allí, dolorida; pero íntegra —estampa inmovilizada a quien el viento agita los vestidos—, cansada de escudriñar en alta mar.

Junto a ella están los hijos; esos que desde pequeños aprendieron a amar y desafiar el mar, y a temerle también un poco —ya que nunca les falta un familiar que no ha regresado de las faenas y se ido al país de donde vienen los cuentos de ahogados y los relatos fascinantes de misterio—. Sin embargo, allí esperan y anhelan

igualar al padre que salió una mañana a jugarse la vida y a disputarla al mar.

Y en los días tranquilos, cuando el mar generoso repleta las redes, hay una alegría de bonanza transitoria en la casa. Habrá pan y tranquilidad para todos, la mujer podrá coser tranquila junto a la hornilla y el hombre saldrá con otros compañeros a celebrar la buenaventura y la generosidad del mar que le entregó su riqueza en grandes peces y le devolvió la posibilidad de seguir viviendo.

Así es la vida del pescador, del costino, temerario y fiero, vida en constante y renovada aventura, columpiándose entre la incertidumbre y la esperanza, dedicada toda al mar que le entrega sus frutos vivos de peces y mariscos.

EL MARINERO

Y luego, en el puerto pintoresco, multiforme y dinámico, en ese puerto con vida propia, cuya rada es como una ciudad flotante, que se renueva cada día en barcos de incansables rutas, encontramos al marinero, en aquel que nació en o cerca del puerto y se sintió tentado muy joven por las rutas del mar; el hombre andariego y cosmopolita, que un día cualquiera se decide a emprender el viaje y regala su vida al azar al enrolarse en la tripulación de un barco que lo lleva con rumbo desconocido. Desde ese momento ese hijo de la provincia no tendrá ya tierra, porque ha adoptado como tierra el mar. Su modo de andar, su vestimenta, hasta su lenguaje, cambiarán. Ya no será el hijo o el esposo apegado a la familia. El vaivén de su modo de andar lo emparentará con todo el mundo. Será un forastero en la provincia a la que vendrá sólo para ver y saludar a los parientes, y un gran señor de toda la anchura del mundo. Sus brazos robustos sabrán de "jarcias" y "manilas", de las madrugadas salobres, de las noches de calma chicha, de borrascas, y quizá si le alcance un lema: "En cada puerto una mujer que espera... Los marineros besan y se van..." A la provincia lejana y perdida, tornará sólo cuando atraque su barco, para arrimarse una

tarde junto a la anciana madre cuyos ojos le miran encandilados y donde la familia le espera como a un príncipe de leyenda. Marinero, hijo de la provincia por nacimiento; pero hijo de todos los espacios que visita el mar por adopción y elección. Porque él empezó su vida cuando cortó las amarras que lo unían a tierra firme.

EL MONTAÑÉS

Adentrándonos hacia la cordillera, encontramos al montañés —llamémosle así para darle un nombre— pequeño en cantidad; pero con una vida firme y verídica, que planta su choza agarrada a la pétrea majestad de los cerros agrestes, y vive allí, una tras otra generación, parco, silencioso, como las mismas piedras. Una choza hecha con “chilcas” y cañas y un “revoque” de barro, un parrón retorcido en el cual parece reclinarse el rancho —como lo pinta María Isabel Peralta— y muy junto a la choza, los chiqueros donde duermen cabras y ovejas. Esto constituye toda su riqueza. Allí vive él con su mujer y sus hijos y los perros pastores que en esas serranías adquieren categoría de verdaderos compañeros.

Por todas parte sólo se ven piedras y más piedras. Los cerros agrestes embisten al cielo en puntas erectas. Diseminadas hay matas de alcaparra y en pleno mediodía estival, apenas derraman su sombra los espinos y “churques”. Hay también quiscos —cactus— de gran tamaño que dan “rumpas” y “guillaves”, fruto que está protegido por punzantes espinas, que las cabras apartan habilidosamente, para desgajar la pulpa deliciosa y fresca.

Por la mañana temprano, una débil columnita de humo anuncia que en el rancho perdido entre los riscos, empiezan los trajines de los habitantes. Se largan las cabras y tras ellas van el muchacho y los perros. Ya está colmando las vasijas la blanca leche, y mientras la mujer prepara los quesos, sala la carne para el charqui y se preocupa de los demás quehaceres del rancho, el hombre sale a remover la tierra áspera y seca.

El montañés es parco, silencioso; no lo es menos su compañe-

ra, y ésta tiene otra cualidad que no posee su compañera del campo: es frugal y previsor. En el llano, la cercanía de vecindario, hace pródiga e imprevisora a la gente. El campesino se presta, desde los útiles de labranza, hasta los de uso doméstico. Acá en la soledad arisca de la montaña, la mujer sabe que no hay donde conseguir, ni siquiera donde comprar las provisiones de que carece, a menos de que alguien baje al poblado más cercano, lo que será cuestión de muchas horas y, a veces, de todo un día; esto la hace ser frugal.

Cada mes baja un hombre, o un niño ya mayorcito, para vender algúu producto y con ese dinero, comprar las provisiones y "los vicios" como llaman al aditamento de azúcar y yerba, el tabaco para "pitar". Por lo demás, ellos viven de "locro", alimento preparado con trigo pelado en mortero; carne salada; cocho —harina tostada, azúcar y agua hervida— y los grandes toman, además, mate con tortillas preparadas en el rescoldo.

Todos los veranos baja el cabrero a la ciudad para negociar el producto del año, lana, charqui, cabras y quesos.

Los niños no asisten a la escuela. ¡Cómo podrían hacerlo! Sus juegos favoritos son las bolitas y las tabas —una especie de rayuela en la que se emplean huesitos de animales que se han beneficiado para charqui; y las muchachas —eternas madres en capullo— acunan la muñeca de trapo, hilan en husos de madera, blancos y delicados vellones y tejen con esta lana, dirigidas por la madre, calcetines, chombas y otras prendas para la venta y el uso de toda la familia. Para tejer ocupan las espinas de quisco a manera de palillos.

A veces, se reúnen para vivir —formando lo que se llama una posesión— dos o más familias emparentadas y así les es menos difícil la existencia.

La familia en masa baja una vez al año hasta el valle. Ese día es memorable. Para él se han preparado durante todo el transcurso del año. ¡La fiesta de Andacollo! Para esta fecha se han ido acumulando, unos tras otros, los centavos y pesos en la vieja "arca" familiar. La mayoría de las veces, hay una manda que pagar, pues nunca falta en el transcurso del año una enfermedad o cualquier

atraso del que los sacará bien sólo el Niño Dios de Sotaquí o la Virgen de Andacollo. Porque la gente es fervorosa. En el rancho se hace presente el ansia de lo sobrenatural en una estampita borrosa de esos sus santos patronos, colocados a la cabecera del catre, ese catre construido con palos de lormata, especie de cacto que al secarse toma consistencia de madera. Generalmente, durante ese tiempo ha nacido también un vástago y al "bajar" a la fiesta es llevado a la iglesia para recibir el bautismo, o se legitima también un matrimonio, realizado por "el cura palqui y la iglesia mollaca" como llama a estas uniones la gente del lugar, uniones que se producen por el total abandono en que viven.

Así viven estos señores de la altura, silenciosos, parcos, vigilando y trabajando la majada, bajando al valle sólo para visitar a sus patronos, o para traer el producto vivo de sus afanes en ovejas y cabras montaraces o el delicioso producto de sus manos en esos quesos redondos y blancos como la luna llena.

EL MINERO

Al pie de los cerros encontramos al hombre del rostro maravillado, de los pies siempre incansables tras la veta, que vive en el límite de la leyenda y la realidad y que presta más crédito a la leyenda que a la realidad. El minero que sueña con vetas, filones y derroteros auríferos —siempre cuidados por un demonio protector— porque el minero en la provincia de Coquimbo, es minero por vocación, es un gran señor dueño de su destino que, si conoce y se da la mano con la pobreza y la incertidumbre, nunca ha hecho la vida oscura, subterránea y fatal del minero apatronado de las grandes empresas, no ha limitado su ganancia al jornal diario, como el minero de Lota o el Teniente, ni ha entregado su vida como el chancador del caliche. El minero coquimbano trabaja, labora y sufre; pero es un artista de su vida, un gran señor del reino de la leyenda.

Para empezar, este minero no se improvisa. Así, nacido y criado en el Norte Verde, si sus mayores han tenido algún contacto con

las minas (y siempre hay quien lo ha tenido), también habrá algunos de los vástagos que, llegado el momento, emprende rumbo a ese país del ensueño tras un derrotero.

El minero coquimbano puede vivir durante largo tiempo trabajando la tierra o entregado a cualquiera otra actividad; pero siempre llegará el momento en que se sienta tentado por su antiguo espíritu de minero. Entonces dejará cualquiera otra ocupación, invertirá algunos pesos e irá a escarbar la tierra, con la esperanza cierta de encontrar un maravilloso filón.

Y mientras vive acampado al pie de los cerros, envuelto en el conglomerado de gentes que laboran en las más variadas actividades, el minero estará contento sólo cuando se encuentra con algún hermano de aventuras que le hable de esa vida de cateos y filones.

La mujer del minero, si no comparte sus ilusiones, se resigna y tiene fe en él. Y ella pasará las más grandes penurias sin desmayar, siempre en espera de ver triunfante a su compañero.

El minero es hombre que lleva el alma iluminada por toda suerte de creencias y supersticiones. Su vida entera está alumbrada por el milagro de lo sobrenatural. Las consejas y leyendas le atraen siempre, y tan pronto como se encuentra con un compañero o conocido que lleva en sus venas el ansia de la aventura, emprenderán juntos rumbo al país del ensueño, y se sentirán dos almas gemelas entre un mundo de desconocidos.

A veces, al minero de la provincia, su ansia de aventura lo lleva hacia el Norte de las salitreras. Va —como todos los habitantes del Norte Verde— seducido por aquel canto de sirena que, desde muchacho escuchó sobre las maravillas norteñas. “El Norte es un Eldorado, es tierra de trabajo; pero allí se gana la plata a montones”. Y aunque sepa dura la faena, el ansia inquietante de salir de ese cuadrado de cerros que enmarcan las aldeas, el ansia de cruzar el mar y llegar a tierras desconocidas, o el deseo de tener algo que contar en la vejez, lo impulsa al viaje. Pero él —como todos— vuelve siempre.

El minero que más abunda en la provincia es el buscador de

oro. En Andacollo —tierra pródiga donde no es un mito decir que el oro se encuentra en la tierra de la calle— se han levantado fortunas. Hombres que llegaron sin más bagage que la ilusión de un alcance, suelen hacerse ricos de la noche a la mañana. Entonces su primer ansia es resarcirse de los años perdidos. Gastan dinero con derroche de príncipes, descorchan botellas que saltan en alegres burbujes, lucen relojes de oro con brillante cadena, pañuelo de seda al cuello y llegan hasta las casas donde se vende la alegría para ser derrochadores hasta en el amor.

Hoy en día, con los adelantos modernos, las labores han cambiado hasta para los mineros, que disponen de un camión para el acarreo de metales, y otras comodidades que ofrece la maquinaria. Ya no visten la pintoresca indumentaria de otros tiempos; pañuelo atado por las cuatro puntas cubriéndoles la cabeza, la gruesa cotona de saco quintalero, el culero, un faldón de cuero que le cubre la parte posterior, y las ojotas, esos zapatos de cuero de becerro con las puntas enroscadas hacia arriba como si fueran la punta de la última luna menguante.

El minero coquimbano que otrora tuvo un encendimiento de esplendor en Tamaya, Danulcillo, Condoriaco, etc., subsiste aún y no hay familia que no posea alguna pertenencia de minas que le incendie los sueños con un florecer de posibilidades.

Así son los mineros del Norte Verde. Hombres que se juegan y pierden una vida cierta por ir tras una posibilidad, que rastrean todos los caminos de la soledad en busca de un derrotero, que enloquecen de sed o mueren de hambre; pero con las pupilas alucinadas por la visión de un alcance, y que, cuando la suerte les depara el alcance, gastan el oro a manos llenas, hasta quedar desnudos de riqueza, para volver a empezar la persecución de otro derrotero, o mueren un día cualquiera bajo el abrazo mortal de un derrumbe, lo que es morir en su Ley.

EL CAMPESINO

Entre cerro y mar "una tejeadura heroica en la garganta de los acantilados, pero una tejeadura de la que mana el agua viva de los ríos y la umbría y exuberancia de la vegetación: Es el valle. Valle tórrido y frutal del Norte Verde, valle de la fragancia y del sabor sobre la tierra parda y pródiga.

Y es allí donde vive otro de los tipos del Norte Verde. El campesino o agricultor como lo llama la gente. Este campesino, que no es tan parlanchín como el marinero, ni tan silencioso como el montañés, ni tan soñador como el minero; pero el hombre de la verdad y la certeza, hospitalario hasta la exageración, generoso hasta el derroche, creyente hasta el misticismo —en la buena y en la mala siempre apegado a sus santos patronos, a quienes reza, canta e impreca— que vive rodeado de sus animales, acompañado de la naturaleza en todas sus manifestaciones, desde el árbol quieto y sin más vida aparente que su florecer y su fructificar, hasta el animal vivaz e inquieto, cuyo lenguaje especial sólo él conoce e interpreta.

Este es el campesino cuyos ojos contemplan y cuyas manos toman parte en ese milagro renovado que es la siembra y la cosecha.

En la provincia, como en todas partes, existen haciendas grandes y desposeídos que trabajan tierra ajena; patronos e inquilinos. Pero hay, además, otro tipo de campesino con vida propia. El pequeño agricultor. El hombre, arrendatario o dueño de una pequeña extensión de tierra que trabaja ayudado por su familia y a veces ocupando uno o dos jornaleros. Este pequeño agricultor tiene, sobre los otros, la ventaja de no ser apatronado y el orgullo de trabajar lo propio. Mira a la tierra como un elemento del cual recibe la nobleza de bastarse a sí mismo y la trabaja con devoción. Pero esta vida independiente que le enorgullece es también la que lo hace sufrir con mayor rigor el desamparo durante las crisis de sequía que azotan periódicamente la provincia. No siendo un gran aportador

sino un modesto contribuyente a la producción de la zona, debe afrontar solo y sin ayuda oficial las contingencias. Si dispone de medios como afrontar las pérdidas, empobrece y decae; si, en cambio, sus medios son precarios, la tragedia sorda, silenciosa, lo echará a rodar por la pendiente de la miseria y terminará en un apatronado más o en un emigrante involuntario con el recuerdo del terruño y la añoranza de tiempos mejores, clavados como un puñal.

EL CAMPESINO ES...

El campesino es generoso, se ha dicho que hasta el derroche. En tiempos de cosecha, come y gasta a manos llenas. Las trillas con su orgía de voces, color y movimiento, son verdaderas fiestas donde, todo aquel que asiste —sea invitado o no— es agasajado con generosidad y alegría. Quien pase por el deslinde de un huerto, o sitio en época de cosecha, sólo precisa alabar el producto para que se le obligue a aceptar como presente un canasto repleto. Y si un vecino no ha sembrado ese año de alguna legumbre, tendrá el más sagrado derecho de llevar un “cocinado” de el del vecino, con sólo pedir un cortés “con permiso”.

La mujer del campesino no le va en zaga en cuanto a generosidad a éste. De todo lo que hace en arte culinario, le envía a las amigas o comadres. Entre ellas se prestan ollas, planchas y toda clase de utensilios domésticos, y, entre los más necesitados, no es raro ver que se están proporcionando un cocinado de esto o aquello, préstamo que casi nunca se devuelve, sino cuando la vecina se ve obligada a pedir que le “devuelvan la mano”.

Al campesino, a diferencia del hombre de la ciudad, no le agrada descansar. No es amigo de la política, ni del comentario. Los días domingos, por vía de distracción, sale de caza, trenza lazos, arma trampas, limpia y repara los útiles de labranza. Si cultiva la amistad lo hace entre una y otra vuelta de arado o para las fiestas de santos o bautizos.

El campesino es hospitalario. El siempre tiene sentado a su me-

sa —mesa pobre de madera rústica en cuyo centro el jarrón con flores pone su nota de agreste belleza— a algún amigo que goza de su hospitalidad. Siempre hay en casa un “allegado”, a veces un pariente en mala situación, otras, simplemente un amigo o conocido. Puede permanecer allí durante largos meses, disfrutando, como un miembro más de la familia, de las comodidades o privaciones que le son inherentes. Cuando muere una vecina, la mujer campesina —exhausta a veces por el quehacer que le da su numerosa prole— no tendrá inconvenientes en tomar bajo su protección al huerfanito. Mujeres hemos visto —con ocho o más hijos— que cuando queda un niño sin madre se pelean por llevarlo consigo.

En casa del labriego, cada niño que nace debe tener, para depositar en él su cariño, un perrito regalón, y, matrimonios hay con numerosa carga de familia, que tienen y mantienen un verdadero batallón de animales. Esta ansia de ternura los lleva hasta a criar de entre los animales de corral un favorito, que merodea siempre por la casa, ya sea una cabra vivaz, una paciente ovejita, o alguna avecita a la que enseñan pacientemente y con cariño algunas gracias.

Entre estas gentes todavía se encuentran mujeres de manto. El negro manto de la leyenda que alumbrara la Colonia con su conjunción de la mística beata y la profana “tapada”, vive aún como un viejo recuerdo, posado en la cabeza de las ancianas, que no conciben salir a parte alguna sin él; sobre todo durante el verano, ya que en invierno la prenda obligada es el chalón, especie de pañueleta de lana que se echa sobre los hombros. Esto y el blanco delantalcito almidonado y lleno de primores de aguja, es lo único que distingue de la gente de la ciudad a las ancianas, que las mozas bien poco se diferencian, pues se las ingenian para darle a su pelo el ensortijado de la permanente y a los labios les es permitido el lujo de la barrita de “rouge”.

El hombre viste pantalón de casineta y camisa abierta, la peonada lleva “cota” y en época de verano chupalla de vuelta y vuelta para protegerse del sol.

El campesino es creyente, creyente hasta el misticismo; pero con una fe a su manera, que hace santiguarse a las damas de la Acción Católica, sin un deslinde preciso entre religión y superstición. El dogma les tiene sin cuidado. Para ellos existe lo sobrenatural, y lo mismo creen en brujas, que en santos, en aparecidos o demonios.

En cada quebrada o recodo del camino, junto a la animita del atropellado por el tren o asesinado por la mano impía, hay casitas con velas que mantienen ardientes y encendidas con su devoción. En los pasos difíciles, una imagen de la virgen se alza para darles fortaleza y fe. Cuando enferma un niño, antes de llevarles "las aguas al meico" o buscar que le quiebren el empacho, la madre corre una novena al santo de su devoción, o promete vestirlo de promesa con ropas igual a los hábitos de la virgen de Lo Urdes, San Francisco, el Carmen, etc. En el dormitorio nunca falta una imagen de la Virgen de Andacollo o del Niño Dios de Sotaquí, o San Francisco de Recoleta, porque en cada pueblo, aldea o villorrio, tiene su patrono, tanto predilecto, a cuyo amparo se acogen y al que una vez al año se le corren novenas y se les celebra una fiesta. Para esta fecha bajan de majadas y posesiones y vienen aún desde los lugares más distantes, según sea de grande la fama del patrono. El pueblo se ha preparado con tiempo. Se corre una novena, durante la cual el fervor ha llegado a su grado máximo. El día de la fiesta se celebra con unción la misa, luego viene la procesión con cánticos y flores, bailan los chinos —que no hay pueblo que no tenga su cuerpo de baile—. Pasado el fervor religioso, la gente se divierte, hay venta de juguetes, entretenimientos y venta de refrescos en la calle única del pueblo. Desde los pueblos cercanos han venido en góndolas y camiones repletos. La gente come, ríe y pasea. Por la noche se queman fuegos artificiales, se viva el santo patrono y se le despide hasta el próximo año.

El campesino tiene una fe ciega en sus santos. A ellos les pide gracia y bendiciones para sus cosechas e incluso les encomienda el hallazgo de los objetos perdidos. Existe un verdadero decálogo de la especialidad de los santos. Así, San Cayetano es el abogado de la

abundancia. La despensa siempre estará repleta si hay en ella una imagen de este santo. El Señor de la Buena Esperanza los sacará bien en asuntos de la justicia, San Antonio hará aparecer los objetos perdidos y dará marido para las niñas solteras, Santa Lucía sanará las enfermedades de la vista, Santa Fliomena es la abogada de las mujeres encinta, y algunas se hacen bendecir un cordón que llevan atado a la cintura durante el período que dura la gestación, para obtener un buen alumbramiento. Existe la creencia de que el día de San Lorenzo no hay que trabajar con fuego, bajo pena de sufrir quemaduras, San Ramón es el abogado de los recién nacidos, a San Isidro se le piden las lluvias y, así, el campesino vive asistido siempre por lo sobrenatural cuyos extremos deslindan con la religión y la superstición... Incluso para encontrar entierros, deben hacerlo con una vela bendecida por un sacerdote, para poder "correr la luz" y, veces hubo que se llegó a solicitar la presencia de un sacerdote para velar a alguno que había hecho pacto con el Diablo... pero esto pertenece más bien a la leyenda.

ALGO SOBRE LA LEYENDA

Si Chiloé tiene sus brujos y en el Norte Grande corre hecha humo la Lola, el Norte Verde es tierra que más brilla resplandeciente de leyendas. Toda su leyenda es mística, y si en ella encontramos al Diablo, esto, naturalmente, viene como la contraparte del bien. Los brujos tienen poco que hacer en estos lugares. Se les conoce, es claro. Allí está la Cueva de Salamanca, famosa por sus leyendas fantásticas de brujerías. Allí moran los chonchones o Tuetue, que pasan volando en las noches oscuras y riéndose a carcajadas y que son brujos cuyo cuerpo quedó abandonado en el lecho y cuya cabeza con las orejas convertidas en alas vuela convertida en ave nocturna. A estos chonchones puede hacérseles caer de diversas maneras, ya sea diciéndoles la "Oración de San Cipriano":

San Cipriano va pa'riba
San Cipriano va pa'bajo.
San Cipriano va p'al alto
San Cipriano va p'al bajo

Luego se reza un Credo y un Padrenuestro de atrás para adelante, o también se traza en el fuego un círculo con la cruz de Salomón, luego se entierra en el centro un puñal de cacha de balduque. Seguro es que el chonchón cae. Allí viven también esas viejecitas que recorren los caminos solitarios, pidiendo un "cocinado" de legumbres y a las cuales nada hay que negarles, por que pueden echar su "rociada" y castigar al que esto hace. Tampoco los niños deben meterse en cuatro pies bajo la mesa, pues si en ese instante la bruja echa una maldición, ellos pueden convertirse en perros. Y así siguen las brujerías.

Luego vienen los entierros, esas talegas de plata que dicen dejaron los bravos españoles, o el tesoro de los piratas legendarios. En buenas cuentas riqueza, el oro, la plata, que tantos adoradores tiene desde los tiempos del bíblico becerro. (Y debemos constatar que, tras de los entierros no sólo anda el pueblo y el campesino. Prueba de ello es la expedición más o menos oficial que, no ha poco, en pleno siglo XX materialista e incrédulo, hubo de zarpar hacia una isla lejana, con la quimérica, extraña y desconcertante misión de rescatar un tesoro dejado por un pirata de renombre).

Hay casas y lugares que están minados por los buscadores de entierros, cargas de plata, como los llama la gente del campo. Cuando a un campesino, fatalista y soñador le coge el ansia de los entierros, nunca le falta un derrotero; desde el fabuloso tesoro de Guayacán, al entierro casero dejado por un anciano más o menos avaro, y cuya alma en pena corre como un fuego fatuo por las noches, prisionera del mundo mientras encuentra a alguien que, al desenterrar la riqueza, le permita dejar este mundo de miserias. Pero estos entierros también son a veces custodiados por un demo-

nio, el que, por guardarlos celosamente, es capaz de tomar cualquier forma que aterrorice al presunto buscador, y hasta de mudar o correr el entierro a otro lugar, si Dios se lo permite.

El buscador de tesoros, siempre se hace asesorar por una persona entendida y tiene muchos medios de ubicarlo, desde el libro bendito, la llave o correr la vela, que es la manera más común y segura.

Para "correr la vela" se busca una calabaza nueva y una vela que haya servido para ayudar a bien morir. Hay que poner dentro de la calabaza un poco de agua bendita. Los interesados, que deben ser tres, deben ir con estos elementos a las doce de la noche al lugar donde se cree encuéntrase el tesoro. Se coloca la vela dentro de la calabaza o mate y en seguida se enciende. Se deposita en el suelo y los presentes la rodean rezando algunas oraciones. En un principio la vela permanece quieta y sólo la llama se irá agrandando hasta casi desprenderse de la vela. Luego empieza la calabaza a correr lentamente por el suelo. Uno de los presentes la sigue. Donde la vela se detiene hay que proceder a cavar. La leyenda dice que la vela nunca falla. Si el entierro no se encuentra, indica que algunos de los presentes no iba de "buena fe". (Esto quiere decir que sería capaz de hacer algo malo por ambición). O que la riqueza no les estaba destinada. En todo caso, el buscador no debe afligirse. Los caminos y rincones están llenos de derroteros y la riqueza se encuentra mucho más cerca de lo que él se figura. Una nueva esperanza florecerá como una luz en su corazón y un nuevo derrotero le espera para cuajarle las manos de oro y para llenarle el corazón de secreta felicidad.

Hay también otras maneras de encontrar dinero. Pero en la mayoría de ellas toma parte el Diablo. Una, la más segura, emparentada con las invocaciones de Fausto, posee conjuros y palabras cabalísticas.

Dícese que a las doce de la noche, el individuo interesado en firmar el pacto (pues del pacto se trata) debe ir a una colina solitaria llevando consigo un gato negro el que, metido previamen-

te en una olla de greda herméticamente cerrada, se pone al fuego. El gato empieza a gritar y, al parecer, estos gritos atraen al Malo y predisponen el ambiente. Luego el invocante debe trazar en el suelo, con una varilla de avellano, un triángulo equilátero de un metro. Ya dentro de dicho triángulo, viene el verdadero proceso de invocación demoníaca. Aquí el candidato pasa por pruebas que arredran al más valiente. Primero debe renegar de su padre y su madre, de la Santa Biblia, de la Virgen y, por último del mismo Jesucristo, así, sucesivamente hasta pronunciar ciertas palabras de conjuro que, dicen los que saben, se encuentran escritas en la Biblia. Terminado esto invoca al Demonio, ordenándole comparecer a su presencia, en la forma que le mande y sin producirle mayor sobrecogimiento.

Un estremecimiento coge entonces al pactante, un ruido fortísimo seguido de un extraño resplandor anuncian la presencia de Belcebú. Una fuerza poderosa domina y el conjurador por mucha presencia de ánimo que tenga, suele caer por tierra. Si al caer pierde el conocimiento, o pone, aunque sea un dedo fuera del triángulo, se va al diablo —es decir, el Diablo se lo lleva— si por el contrario ha conservado su presencia de ánimo, puede dar por empezada la negociación. Sácase el pactante, sangre de su brazo izquierdo y con ella firma un pergamino que el Diablo —previsor como buen notario— lleva consigo. En dicho pergamino se estipula todo lo que el demonio entregará en riquezas y poderes y el plazo para que el pactante le entregue su alma, única mercadería que el demonio codicia y acepta. Terminado esto, el demonio se ha convertido en un obsecuente servidor del invocante.

VELACION

Al ir a pactar con el demonio, el pactante va, desde luego, de mala fe. Pero con una mala fe que mirada desde cierto punto de vista es buena. Piensa engañarlo con una postrer maniobra y dejarle sin entregar su alma. Para esto debe buscar a una persona inte-

ligente y buena que proceda a velarlo. Como con el pacto, el pactante ha perdido su Angel de la Guarda, la persona que acepte debe hacer las veces de dicho ángel. (Algunos estipulan que esta velación debe pagarse con tres almudes de plata; pero al velador no le guía otro interés que quitarle un alma al demonio).

Desde antes de la medianoche, hasta que suena el primer canto del gallo —que, según el mismo Shapesskeare, ahuyenta los espíritus— debe durar la velación. Llegada la hora se encaminan, velador y pactante, hacia una colina o una casa solitaria. Allí llegados, el velado se mete en un cajón de difunto. Tápase convenientemente y enciéndensele cuatro cirios como si estuviera en realidad muerto. El velador llevará un rosario y agua bendita. Arrodíllase a la diestra del velado y empieza a rezar, a santiguarse y santiguarlo. Pronto empiezan a sentirse ruidos estruendosos, cadenas que se arrastran, vientos que derriban árboles. El demonio está presente. Quiere llevar su presa y la disputa acudiendo a todas las artimañas que, como viejo Diablo, él conoce. Puede fingirse una bella mujer, un dragón vomitando fuego, o un león que ruga mientras se abalanza hacia su presa. Puede también que de pronto el velador vea arder la estancia y el cajón; pero ha de permanecer firme rociando sobre éste agua bendita, rezando y santiguándose. Si, por un momento, el velador desmaya, el Diablo le dice:

—¡Ya perdiste tu tiempo!

Y al abrir el cajón sólo encontrará un cadáver, y puede suceder también que el cajón esté vacío. Si el velador permanece impertérito, al clarear el alba, junto con el primer canto del gallo, el Diablo se dará por vencido y devolverá el pergamino firmado que ya de nada le sirve. Y un alma habrá sido rescatada para el cielo.

En todo caso, hay que tomar en cuenta que estas recetas tienen mucho de imposible y que, en toda suerte de entierros, anda muy cerca el Mandinga. Incluso en las minas ha sentado él sus reales. Cuentan los viejos que en tiempos de auge del famoso mineral de Tamaya, el Cachudo empezó a hacer tales diabluras, que la gente se vió obligada a traer un sacerdote para que lo exorcisara. El Dia-

blo trabajaba en las minas y los mineros no estaban tranquilos oyendo durante toda la noche el golpeteo del chuzo en los filones. Luego, en los días de pago se les presentaba en forma de un caballero elegantísimo, todo vestido de negro, luciendo un diente de oro y un solitario en el dedo del corazón. Cruzaba apuestas y jugaba al monte y la baraja con los mineros, y, por cierto, les ganaba siempre.

Cuéntase que aquella vez, un sacerdote lo exorcizó conminándole a abandonar la mina. El demonio desesperado por las oraciones y el agua bendita, hizo explosión desapareciendo para siempre. Pero el muy diablo llevóse consigo la riqueza. Desde entonces desapareció el auge de la mina de Tamaya.

LA LEYENDA MISTICA

Durante las largas horas invernales, mientras los campesinos desgranar maíz junto al amoroso calor del brasero, o en el verano, mientras pelan duraznos a la luz de la luna, ellos gustan de entretenerse contando consejas en las que toman parte los brujos, demonios y aparecidos. Pero esta es sólo una parte de lo maravilloso. Hay otras leyendas que recorren el campo de boca en boca. Es la leyenda blanca y resplandeciente de los santos. Así, hablan ellos de la Virgen de Andacollo, la Milagrosa, a la que descubriera el indio Collo y al que diera la orden de fundar un santuario en el pequeño caserío minero que lleva el nombre de Andacollo. Tres veces escuchó el indio las palabras de la virgen: "Anda, Collo. Ve a la montaña, busca y serás rico y dichoso". El indio fuése a cortar leña y he aquí que, metida en un tronco de un árbol, estaba la más hermosa entre las hermosas: la virgen morena que inspiró al pueblo de Chile un fervor tanto o más grande que el de la de Guadalupe en México o la de Copacabana en Bolivia.

Llevóla el indio al pueblo donde la gente le rindió veneración. Durante muchos años estuvo la imagen en el templo; pero después, más o menos en el año 1893 le fué inaugurado un templo es-

pecial que la Santa Señora ocupa durante los días de su fiesta, que son el 25 y 26 de diciembre. Esta iglesia es de estilo romántico bizantino, con cinco naves y varias galerías flotantes, tiene un pórtico monumental, dos torres de cincuenta metros y una gran cúpula de cinco metros de elevación. Tiene capacidad para unas diez mil personas. De más está decir que se hace estrecha para la fiesta, a la que llegan a acudir hasta unos cincuenta mil devotos.

Y este monumento del fervor y el misticismo de los hijos del Norte Verde, se eleva en un pequeño caserío minero, distante unos cincuenta kilómetros de Coquimbo, sin más riqueza que sus árboles y sus cerros que guardan el fabuloso tesoro de sus minas de oro.

Desde su descubrimiento acuden cada año, peregrinos desde los más remotos lugares, para cumplir mandas, agradecidos de la milagrosa que les ha hecho los milagros más imposibles. En los días de la fiesta, acuden en autos por la carretera, otros a lomo de mula sorteando los despeñaderos de los cerros. Dícese que, desde San Juan, Argentina, viene gran número de devotos. Muchos deben cumplir mandas inverosímiles, unos de a caballo y descalzos, pues su promesa fué de hacer el camino sin zapatos, otros avanzan de rodillas desde la entrada de la iglesia hasta el altar mayor; quien solloza traspasado de fervor, quien reza con los ojos iluminados de gratitud. Los que llevan recompensa monetaria son muchos. Desde, el que lleva el humilde paquete de velas y el billete de la pobreza, hasta el que entregó un brazo, una pierna, o cualquier otro miembro, hecho enteramente de oro, en recuerdo de aquel que lograra rescatar de la enfermedad.

En la iglesia aún debe existir un camarín reservado para lucir los presentes. Cuéntase de un yelmo de oro, de un corazón del mismo metal, un rosario, cuyas avemarías son del tamaño de un limón y los padrenuestros del de una cidra. Todo de oro. La corona de la virgen, de este mismo metal y con incrustaciones de piedras preciosas, tiene mucho parecido con la célebre corona de María Teresa de Austria.

LOS BAILES

La virgen recibe, durante su fiesta, junto con las miles de promesas de profanos y creyentes forasteros, el homenaje de sus chinos, que son una verdadera Guardia de Honor, fundada por el indio Collo. Estos son los chinos, Turbantes y Danzantes. Estos Chinos de la Virgen, cuyo nacimiento data de más de tres siglos, tiene su característica en vestuarios y danzas. (La denominación de chinos les viene, según parece, de su calidad de sirvientes o servidores de la virgen. Algunos investigadores han creído encontrar en ellos reminiscencias o entronques Diaguitas o Atacameños. Dejemos a los sabios que investiguen).

Los chinos visten el traje de los mineros: Pantalón oscuro, algunos a media pierna, con medias de lana, chaleco de terciopelo bordado en sedas multicolores. En torno de la cintura una faja bordada en pedrería, y sobre todo el culero, cuero que les cubre la parte posterior. Todo va adornado con lentejuelas y abalorios. En la cabeza un gorro miliciano también recamado de arabescos y lentejuelas. Los pies calzan ojotas, con lo cual completan la indumentaria. Los Turbantes visten albo traje y llevan en la cabeza una especie de quepis del cual cae sobre los hombros un velo blanco. En cuanto a los Danzantes, visten ropas más o menos parecidas; pero de colores vivos y cruzados por bandas terciadas, siempre cubiertos de abalorios y espejuelos. Hay también un baile de marineros, cuyo traje es una derivación del que visten en su oficio, con agregados más o menos pintorescos. Los chinos bailan acompañados por una especie de flauta hecha de caña que produce un sonido lento y quejumbroso. Los otros llevan cítaras, triángulos, acordeón y guitarras. La danza de los chinos es acrobática. Emociona hasta las lágrimas el ver esos rostros curtidos por el sol y quebrados por la huella de los años, mirando arrobados a su virgen, mientras los ancianos, que sólo un fervor sobrenatural les permite dar saltos y hacer flexiones que cansarían a un niño, danzan delante de las andas

formando una rueda que gira sin cesar. La música es triste, monótona, consta de dos notas, aguda y grave y parece una queja renovada. Los Turbantes más que a los pies dan importancia a la posición y su baile es un cambio de posición en el cual se mueven por turnos dirigidos por un corrector que dirige el baile con la espada desnuda. Los Danzantes tienen un ritmo y melodía más alegres; pero perfectamente definido. Su baile es a manera de escobilleo, sin flexiones del cuerpo moviendo sólo los pies con rapidez vertiginosa. Los cuerpos de baile son mandados por un alférez, el que a su vez obedece al cacique, hasta hoy un descendiente del indio Collo.

Si la música, el baile y la vestimenta forman parte del homenaje, el canto y la poesía tampoco se quedan atrás. Y es cuando los chinos —terminada la procesión— con palabras torpes; pero nacidas del fondo del corazón, van entonando su cántico de adiós a la virgen. Allí está el cacique, que, fija la mirada en lo alto va entonando y contando pasajes, hechos y acontecimientos del pueblo, luego vienen las expresiones de gracias, y por fin el adiós.

*Adiós Madre de Andacollo.
Este otro año volveremos;
si Dios nos presta la vida
si no estamos bajo tierra.*

Los últimos versos son coreados por el cuerpo de baile. Entonces dejan de sonar los instrumentos y las flautas empiezan una especie de quejido, que termina en un sollozo apenas audible. Retrocede el abanderado algunos pasos y tras él los cuerpos de baile, agita él la bandera y vuelve a cantar:

*Ya te dejamos, Señora,
adiós hermoso lucero;
nos quedaremos muy tristes,
hasta el año venidero.*

Así continúan hasta que salen de la iglesia, en medio del fervor de los presentes. Se diría hombres doloridos y pesarosos por despedirse de ese instante de olvido de sí mismos, de ese momento que los hizo añorar el cielo olvidados de la tierra y sus dolores, hombres transfigurados por una espada de misticismo, deslumbrados como Saulo por la luz poderosa del Más Allá, que no desdeña mostrarse a los pobres de espíritu y limpios de corazón.

Esta es la leyenda norteña; la que recorre los caminos y se entra en las casas para poner una gota de miel rosada en los corazones; la que nos sigue hablando de un Niño Dios de Sotaquí, también encontrado en forma milagrosa por un pastorcito de doña Dolores Rojas Naranjo.

Cuenta la tradición que, como el indiecito se demorara en llegar con las ovejas que la señora confiaba a su custodia, una tarde inquirióle por la causa de su tardanza y el niño manifestó haberse entretenido jugando con un muchachito. Curiosa la señora —que por algo era mujer— acudió, sin que nadie se enterara, a vigilar al niño. Y dicen que al llegar a una loma, vió al pastor que jugaba dando saltos de uno a otro lado; pero ¡cosa extraña! El niño estaba solo. Llena de... curiosidad otra vez, acercóse preguntándole por su compañero. —¡Es él!— contestó el niño. Y al darse vuelta la señora, encontróse con la imagen que hasta hoy se venera en la iglesia de Sotaquí. Milagroso y bello este Niño, también tiene su fiesta a la que acuden devotos de toda la provincia. También el aire se llena de música y el canto de sus chinos, y la iglesia se hace estrecha para contener a los feligreses, nimbándose Sotaquí con un resplandor de leyenda... Y luego está la leyenda de fray Jorge, el inglés que salvó de un naufragio arribando a las playas de la hermosa La Serena, donde se hizo monje franciscano. Dícese que, gracias a él se terminó el templo de San Francisco, con maderas de un bosque que distaba varios kilómetros, y la que él traía sin que nadie se explicara cómo. Hasta hoy el bosque, cerca del puerto de Tongoy, conserva el nombre de fray Jorge... Y luego está San Francisco de Recoleta, pueblecito que fué sepultado bajo las aguas

del trenque que hoy riegan las tierras del Norte Verde, y San Antonio de Villa Seca, la Virgen del Carmen de Huamalata, y tantas otras, porque cada pueblo está arrimado a su patrono como la enredadera al árbol fuerte.

Así es el Norte Verde: místico y creyente, generoso y pródigo, granero de Chile. Así es su gente, hospitalaria hasta la exageración, generosa hasta el derroche. Así es todo él, multiforme y lleno de contrasentidos, porque todo ese conglomerado de tipos tan diversos, que viven diseminados a lo largo y a lo ancho del país, allí se han dado cita para hacer sus vidas heterogéneas. Allí laboran, luchan y sufren, siguiendo la trayectoria de sus vidas, con características y costumbres propias, siempre pegados a ese pedazo de tierra, aprisionados en ella por la magia secreta de su atracción. Y, cuando el vaivén de la civilización, o el ansia de nuevos horizontes los llama, ellos emprenden rumbo al Norte Grande, los que van tras el trabajo y la aventura, y hacia la capital los que buscan un campo más propicio para sus sueños intelectuales. Pero fueren donde fueren, siempre llevarán en la fibra más recóndita del corazón, el recuerdo del terruño y, día a día, aunque laboren perdidos en la vorágine de las más variadas actividades, ellos volverán siempre el recuerdo a la tierra ausente, pues a igual que nuevos Anteos, sacan de su tierra las fuerzas para luchar y vivir.